

**Casa de Cultura
Sala Polivalente**

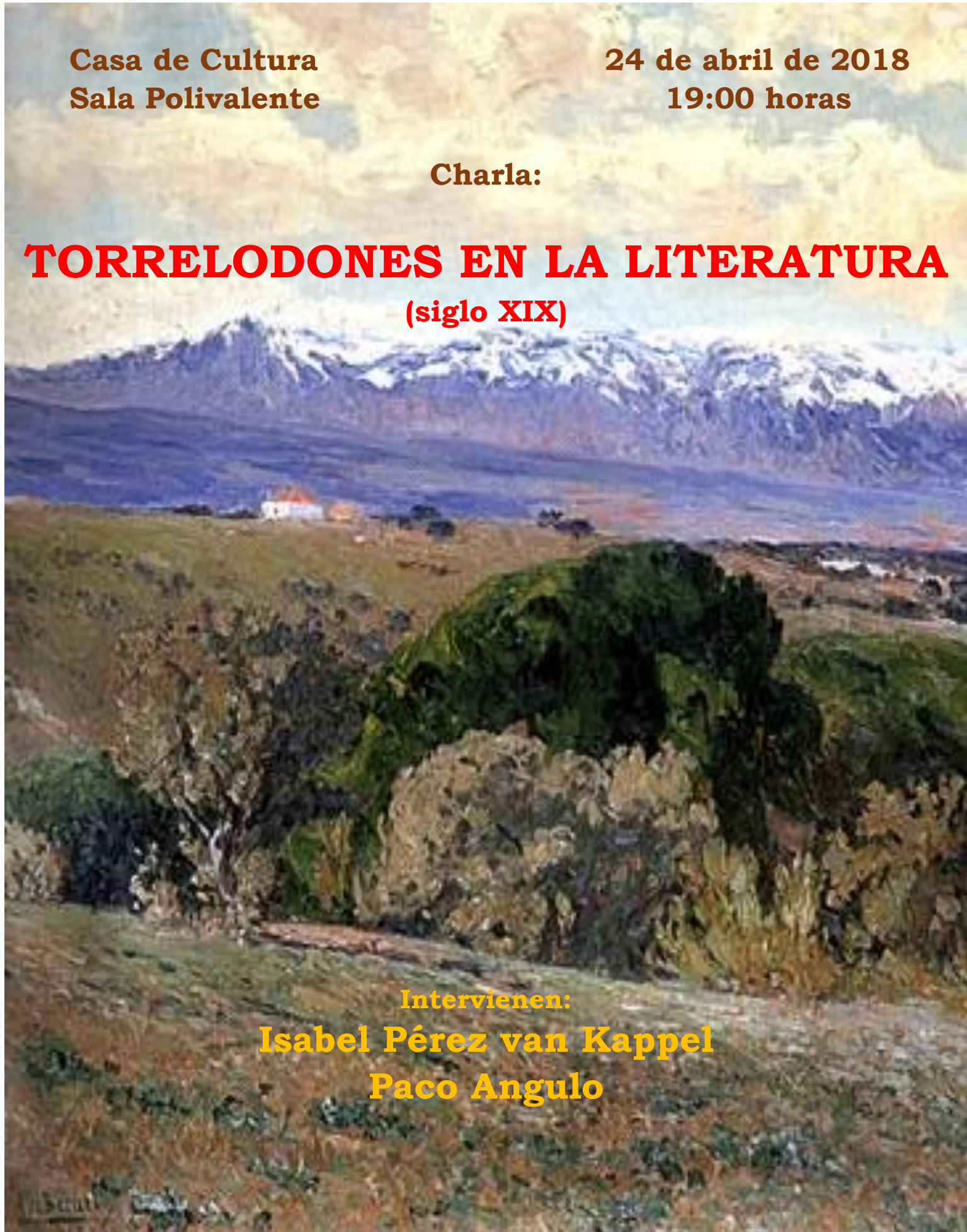
**24 de abril de 2018
19:00 horas**

Charla:

TORRELODONES EN LA LITERATURA
(siglo XIX)

Intervienen:

**Isabel Pérez van Kappel
Paco Angulo**



PRÓLOGO

El presente documento constituye la versión escrita de la charla ofrecida el martes 24 de abril de 2018 en la sala polivalente de la Casa de Cultura de Torrelodones, en el marco de colaboración firmado entre la Sociedad Caminera del Real de Manzanares y el Ayuntamiento de Torrelodones.

La conferencia resume parte de una exhaustiva investigación llevada a cabo por nuestra vicepresidente Isabel Pérez van Kappel, sobre la presencia de Torrelodones a lo largo de las obras literarias y de las visiones que del municipio aportan los distintos autores. En esta ocasión, se trató de introducir aspectos como el paisaje, los caminos, los mesones, los bandoleros, el ferrocarril y otras tantas facetas recogidas en obras literarias del siglo XIX.

Desgraciadamente, la letra impresa no puede replicar la voz de Paco Angulo, que fue el encargado de leer los fragmentos literarios elegidos, y que, con su extraordinaria voz, su gran experiencia y su buen hacer resultó imprescindible para que alcanzáramos el nivel de satisfacción con el que abandonó la sala el público congregado.

La poca frecuente unanimidad de las valoraciones recibidas y la voluntad de que no caigan en el olvido activos importantes para el conocimiento de la historia de nuestros municipios han impulsado a la Sociedad Caminera a proceder a la publicación de esta charla, incluidas las aportaciones recibidas del público y las adaptaciones necesarias a este nuevo formato.

Evidentemente, el éxito de la conferencia nos anima a seguir con la investigación para, como nos pidió una de las personas presentes en la sala, poder ofrecer lo antes posible la continuación obvia de esta charla: *Torrelodones en la literatura (siglo XX)*. En ello estamos, y ya solo falta que las autoridades competentes muestren tanto interés como el público para que volvamos a encontrarnos para celebrar la palabra escrita, y, más concretamente, la palabra escrita en referencia a nuestro municipio.

Sociedad Caminera del Real de Manzanares, abril de 2018.

AVISO

Como no podía ser de otro modo por parte de una asociación sociocultural que incluye entre sus objetivos principales la difusión de los valores culturales de los municipios de nuestro entorno, se permite el uso del presente trabajo, siempre y cuando se citen claramente el título de la obra (Torrelodones en la literatura – siglo XIX) el autor de la misma (Isabel Pérez van Kappel), el titular de la página web (Sociedad Caminera del Real de Manzanares) y la fecha de consulta.

INTRODUCCIÓN: ORIGEN Y OBJETIVOS DE LA INVESTIGACIÓN Y DE LA CHARLA

¿Por qué hablar de Torrelodones y la literatura? ¿Por qué Torrelodones en la literatura? Como tantas cosas en esta vida, mi interés por este tema y la decisión de profundizar en él surgieron de manera casual.

Conversando con nuestro compañero de la asociación, Alberto del Río, sobre la posibilidad de organizar alguna ruta literaria por Torrelodones y su entorno, se me ocurrió comentar que, evidentemente, Torrelodones no tiene la suerte de hallarse en la ruta del Cid o del Quijote, pero que, sin duda alguna, bastaría raspar un poco para que pudiéramos encontrar algún vínculo literario de interés (además de las ya consabidas residencias de Jacinto Benavente y Ricardo León en Galapagar). A lo cual Alberto me contestó que Torrelodones sí aparece en *El Quijote*. Al mostrarle mi estupor ante tal información, terminó confesando que, bueno, no en *El Quijote* de Cervantes, pero sí en el de Alonso Fernández de Avellaneda.

Cuando llegué a casa y comprobé que, ciertamente, la narración de las aventuras del Quijote apócrifo termina a los pies de la Torre de Lodones, se me ocurrió pensar que, si Torrelodones aparecía en esta obra, era muy probable que existiesen muchas más referencias a nuestro municipio en la literatura española.

Confieso que el pensamiento tiene más de mágico que de lógico, pero el caso es que la intuición resultó ser cierta, ya que, a los pocos días de iniciar una primera búsqueda en Internet, librada mucho más al azar que a la sistemática, tenía recopiladas ya una cuarentena de obras literarias, de todo tipo y de épocas muy diversas, con alusiones más o menos numerosas y más o menos relevantes a Torrelodones. Este material era ya suficiente para servir de base a una charla divulgativa sobre Torrelodones y la literatura, pero, como el momento adecuado para el acto parecía no llegar nunca, el resultado de esa búsqueda (siempre en Internet) ha llegado a adquirir tal volumen, que ha sido preciso limitar el alcance de la charla, para poder acomodarlo a una duración adecuada.

Esta charla es una pequeña parte, por tanto, de una investigación mucho más amplia y que, a pesar de trabajar con la literatura, no es una investigación literaria. Ya desde la obtención de los primeros resultados pude observar que en esa lista de obras y autores se adivinaban patrones de por qué y cómo aparece Torrelodones en la literatura. Esos patrones se han ido confirmando a medida que encontraba más obras, hasta las 250, aproximadamente, referenciadas hasta la fecha, desde *El libro de la montería* hasta el año 2016.

En este punto, conviene aclarar que no en todas de esas 250 obras Torrelodones juega un papel preponderante en la trama. Al contrario, lo más frecuente es que la palabra *Torrelodones* aparezca solo una vez, por muchas páginas o tomos con que cuente la obra. Una única referencia así no suele aportar mucha información, pero la suma de todas esas referencias sí.

Siendo pues que este trabajo no es un trabajo de crítica literaria, que no voy a hablar de estilos ni de movimientos literarios, ¿qué pretende ser esta investigación? En primer lugar, un acercamiento a la literatura como fuente documental para el estudio de la evolución histórica del municipio, fuente que podrá, seguramente, confirmar, desmentir o complementar las informaciones de archivos, restos arqueológicos, etc... Pero, además, la literatura permite también estudiar la evolución de ese otro Torrelodones que no corresponde a una realidad física, es decir, el Torrelodones del imaginario colectivo, que también ha variado mucho desde el siglo XIX.

Pero la investigación no puede limitarse a una acumulación personal de datos. Es necesario compartirlos y difundirlos entre la población, sobre todo en este entorno de municipios que cuentan con una población de avalancha, con poca o ninguna raigambre local: es más fácil respetar y cuidar aquello que se conoce, y esto es algo que vale tanto para los niños y adolescentes como para los responsables políticos del municipio. Por eso esta charla. Pero, además, el fin último de esta investigación debería ser su aprovechamiento como instrumento de desarrollo local. Que la cultura, *lato sensu*, puede ser una estupenda fuente de ingresos es algo que los países de nuestro entorno europeo han entendido, y puesto en práctica, hace mucho, pero que, parece, aquí es necesario todavía explicar.

La cultura y, específicamente, la literatura, ha demostrado sobradamente interesar a un amplio sector de la población. En demasiadas ocasiones su escaso aprovechamiento se debe más a la falta de sensibilización de los gestores públicos que a la falta de una demanda social objetiva. Así lo ha demostrada la desbordante respuesta social que siempre han tenido las actividades culturales camineras, las conferencias y las visitas a las residencias de notables escritores y las informaciones *in situ*, que muchas veces permiten entender mejor los matices de la obra literaria. Para la Sociedad Caminera también la literatura es un recurso patrimonial a poner en valor, a incorporar a una oferta específicamente dirigida a un público culto deseoso de conocer mejor el entorno de los autores y sus condicionamientos.

EXPLICACIÓN DE LOS TÉRMINOS Y DINÁMICA DE LA CHARLA

Es necesario, antes de empezar, explicar los términos del título de la charla: Torrelodones en la literatura (siglo XIX).

Para empezar, hay que delimitar el término *literatura*. En el estudio global de Torrelodones en la literatura he buscado las referencias en la prosa, dejando de lado la poesía. Además, en cuanto a la prosa, he descartado la literatura científica y técnica. ¿Qué queda por tanto? La narrativa (novela, cuento), el ensayo, el teatro. Pero, como cada época tiene sus peculiaridades, para el estudio de Torrelodones en la literatura del siglo XIX sí he tenido en cuenta algunas obras de divulgación, que podrían considerarse manuales, como los diccionarios geográficos y las guías para viajeros, tan propias de este siglo y que tan valiosa información aportan. También es importante señalar, en referencia al siglo XIX, que no he tenido en cuenta la literatura publicada en diarios y revistas, a no ser que haya sido luego recogida en forma de libro: me refiero sobre todo a folletines (novelas) y artículos o cuentos publicados en publicaciones periódicas y luego reunidos en antologías o recopilaciones.

El estudio de Torrelodones en la prensa en general, e incluso el de Torrelodones en la literatura de las publicaciones periódicas son otros campos muy amplios, dignos de una investigación específica.

Finalmente, conviene señalar que toda la investigación se limita a la literatura escrita en castellano.

En segundo lugar, tengo que aclarar que el siglo XIX al que se refiere el título de la charla no es el espacio de tiempo comprendido entre el 1º de enero de 1801 y el 31 de diciembre de 1900, sino el *largo siglo XIX* del historiador inglés Eric Hobsbawm, es decir el periodo histórico que se extiende desde 1789 a 1914. No es una decisión caprichosa, sino que, del estudio de las obras se desprende que gran parte de esa literatura de entre 1901 y 1914 está más próxima, por su forma o por su fondo, de la literatura del siglo XIX que de la del siglo XX.

En cuanto al término *Torrelodones*, en esta charla no nos vamos a referir al Torrelodones conceptual, sino que nos vamos a limitar al Torrelodones físico, y, más precisamente, y como se puede intuir de la imagen del cartel (un fragmento de un paisaje al óleo de Aureliano de Beruete que se expone en el Museo del Prado), al paisaje de Torrelodones.

Una vez definidos los términos del título, queda explicar la dinámica de la charla. Esta tiene, como hilo conductor, la novela de José Menéndez Agusty titulada *La hija de Don Quijote*, publicada en 1901. A partir de los temas que van apareciendo en los fragmentos que leeremos de esta obra veremos cómo se repiten en las demás obras del siglo XIX, y qué datos aportan estas obras.

La elección de esta novela como guía para la charla se debe, además de otros valores literarios o documentales, a que es la obra que mejor describe, a mi entender, el paisaje de Torrelodones en el siglo XIX. Torrelodones es el escenario principal de la acción durante unas 40 páginas, aproximadamente, de las 225 con que cuenta el libro. Este cambio de escenario coincide con un cambio en la forma de la novela, que pasa de la narración de un narrador omnisciente a un

intercambio epistolar. Cuando el escenario deja de ser Torrelodones, se vuelve al narrador omnisciente. Y Torrelodones es el lugar donde se desarrolla el núcleo central de la acción.

[Imagen: portada de la novela de José Menéndez Agusty, *La hija de Don Quijote*.]



PRIMER FRAGMENTO DE *LA HIJA DE DON QUIJOTE* - LOS CAMINOS

Para poner en antecedentes al lector, resumiré brevemente el inicio de la novela, antes de trasladarse la acción a Torrelodones.

Resurrección, a quienes todos llaman Resucita, es una chica joven que, tras la muerte de sus padres, y sin más familia en el pueblo de La Mancha en el que vive, decide cerrar la casa y trasladarse con su tutor a Madrid, donde residen unos tíos lejanos suyos, y donde piensa que tendrá más posibilidades de encontrar el amor. Instalada ya a Madrid, oye un día por el patio de luces de la casa de sus tíos una música de piano que se cuela por la ventana; se asoma, y ve que quien está tocando es un hombre, enamorándose inmediata y perdidamente de él. Resucita consigue que le presenten a su vecino, que resulta ser Oscar, un músico ciego. Entabla relación con él y se siente sumamente dichosa, hasta el día en que Oscar le dice que piensa tomar una casa en Torrelodones para terminar allí una sinfonía que está componiendo. Resucita no se conforma con dejar de ver a su amado, y:

«Al día siguiente de instalarse Oscar en Torrelodones apareció Resucita seguida del tutor. Iba el hombre cejijunto y malhumorado, más por fuerza que por gusto, pues como la niña había planteado la cuestión de un modo que no admitía componenda, entre dejarla ir sola y acompañarla á regañadientes, optó por esto último en bien de las conveniencias sociales. Oscar se deshizo en cumplimientos y galanterías, enseñándoles todas las habitaciones de la casa que no podía ver y relatándoles las bellezas de su orientación y distribución según el lazarillo se las había referido. A Resucita le pareció aquello un paraíso, pero los que estamos en autos podemos asegurar que nada tenía la casita de paradisiaca. Constaba de piso bajo y principal. En el primero estaba el comedor, la cocina, un dormitorio para la servidumbre, un portalón ó zaguán y en la parte posterior su cachito de jardín, corral y cuadra con salida á un camino de herradura.»

Luego sigue la descripción de la vivienda, lo que no deja de tener su interés, ya que no abundan los datos sobre los interiores de las viviendas de Torrelodones en el siglo XIX, pero sobre lo que quiero llamar ahora la atención en este extracto es esto último de que la cuadra, nos dicen, tenía salida a un *camino de herradura*. Y esto nos interesa mucho porque Torrelodones, tanto en la literatura como en la realidad, debe su existencia, fundamentalmente, a su situación en el mapa, en un lugar de paso privilegiado entre las dos mesetas. Y así como en la historia, Torrelodones debe su importancia a su situación geográfica como nodo de comunicación, del mismo modo, lo que más se menciona en toda la literatura en relación con Torrelodones son los caminos y carreteras. Torrelodones es, fundamentalmente, un lugar de paso, en el que de vez en cuando alguien se detiene.

Y ¿de dónde viene o a dónde va la gente que pasa por Torrelodones en el siglo XIX? Según la literatura, la mayor parte de las veces el recorrido es de Madrid a El Escorial (y viceversa), o de Madrid a Segovia/La Granja (y viceversa), seguido de la ruta Madrid-Ávila. Es decir, que se suele tratar de desplazamientos de distancias medias.

De cómo viajaba la gente por esos caminos en aquella época nos podemos hacer idea en la novela de Benito Pérez Galdós, *La Corte de Carlos IV* (1873), cuando el personaje principal de la obra decide abandonar El Escorial y, puesto que es joven y no dispone de mucho dinero, se echa a andar:

«Más allá de Torrelodones encontré unos arrieros, que por poco dinero me dejaron montar en sus caballerías, y de este modo llegué a Madrid cómodamente, ya muy avanzada la noche.»

También en la obra de Pío Baroja *Camino de perfección* (1902), el personaje principal, Fernando Ossorio, quiere ir de Segovia a Madrid, para lo cual va a ver a un arriero:

«Nicolás Polentinos era un hombre bajo, fornido, de cara ancha, con un cuello como un toro, los ojos grises, los labios gruesos, belfos. Llevaba un sombrero charro de tela, de esos sombreros que, puestos sobre una cabeza redonda, parecen el planeta Saturno rodeado de su anillo. Vestía traje pardo y botas hasta media pierna.

—¿Es usted el señor Polentinos?

—Para servirle.

—Me han dicho en la posada del Potro que va usted a Madrid en carro.

—Sí, señor.

—¿Quiere usted llevarme?

—¿Y por qué no? ¿Es un capricho?

—Sí.

—Pues no hay inconveniente. Yo salgo ahora mismo.

—Bueno. Ya arreglaremos lo del precio.

—Cuando usted quiera.

—¿Por dónde iremos?

—Pues de aquí á La Granja, y por la venta de Navacerrada a salir hacia Torrelodones, y de allá, pasando por Las Rozas y Aravaca, a Madrid. Es posible que yo no entre en Madrid —añadió Polentinos—; tengo que ir a Illescas a ver a una hija.»

En aquella época no solo había usuarios de *blablá carreta*, como podría deducirse de estos dos textos, sino que existían, por supuesto, servicios de diligencias con sus itinerarios, paradas y tarifas establecidas, y, en el caso de la novela de Pío Baroja, incluso el ferrocarril. De ahí que Polentinos le pregunte a Fernando Ossorio, un señorito, si eso de viajar en carreta es un capricho. Pero resulta evidente que llegar a un acuerdo con un arriero era también una forma habitual de viajar.

Además de caminantes solitarios, como los personajes de Pérez Galdós y de Baroja, por los caminos de Torrelodones han pasado también, y a menudo, las tropas, como refleja en *Mis memorias íntimas* Fernando Fernández de Córvoa (publicadas por entregas a partir de 1881, en libro en 1886):

«Terminado el mes de mi destacamento, regresé á Alcalá. Mi entusiasmo militar no disminuía un ápice, y haciendo la primera jornada desde la Granja á Torrelodones, de cerca de ocho leguas, llegué con mi fuerza muy fatigada bastante entrada la noche. Las casas estaban ya cerradas y la tropa sin alojamiento. Parecía que el alcalde tenía intención de que se quedara desamparada en la calle. Por fortuna tuve la de encontrarme en la posada con el alguacil, que se negó á alojar los soldados: yo entonces le obligué con amenazas y alguno que otro empujón á que me acompañara á distribuirlos entre el vecindario, no dejándole tranquilo hasta que vi la tropa bien acomodada. Con mi asistente y el corneta me retiré entonces á la posada misma, y cuando ya estábamos instalados y dispuestos á cenar, personóse en ella el alcalde con algunos paisanos armados, dando gritos y amenazándome con llevarme á la cárcel, porque, según él, había atropellado á su alguacil. Ninguna razón ni satisfacción de prudencia pudo acallar ni tranquilizar al funcionario, y el hombre, algo bebido, llegó á tocarme con la vara diciendo que él era en el pueblo el Rey, y yo debía obedecerle. Indignado entonces y furioso, arranquéle la vara y dile con ella dos ó tres golpes, que no pudieron causarle daño alguno porque era aquélla muy delgada y flexible.

—¿Cómo dice V. que es el Rey? —le pregunté mientras tanto. —Yo conozco al Rey, que es un buen mozo, y V. es feo y viejo.

— ¡Favor al Rey! —voceaba á esto el frenético alcalde, mientras yo mandaba armar los soldados alojados cerca de mi posada, muy dispuesto á librar batalla. Conseguí por fin echar al alcalde á la calle y cerrar la puerta de la posada, con lo cual quedó el conflicto, al parecer, terminado. Mas al siguiente día vengóse aquella digna autoridad retardando dos ó más horas el bagaje mayor que había pedido, y dándome una mula falsa que no se dejaba montar, y que me obligó á seguir á pie todo el camino hasta Carabanchel, donde reposó la tropa de la segunda jornada. No me ocuparía de este suceso de mi vida, si el parte que el alcalde dio al capitán general desfigurando y exagerando los hechos no hubiera dado también lugar á procedimientos judiciales que contra mí se emplearon por la auditoría de Guerra. Ofender ó apalear en aquella época á un alcalde era una cuestión de consecuencias graves para el que tenía la desgracia de proceder así. No sucedía entonces como después, en que prender ó fusilar á estas autoridades constitucionales ha podido hacerse sin consecuencia ni responsabilidad, en más de una ocasión.»

La anécdota no termina aquí, ya que Fernández de Córvoa (un joven militar recién salido, prácticamente, de la Academia) vuelve a pasar con su tropa varias veces por Torrelodones, aprovechando cada ocasión para molestar de algún modo al alcalde.

Otros militares que aparecen citados a menudo en la literatura de este siglo en relación con Torrelodones son el general Zariátegui y el general Espartero, con ocasión de la batalla de Las Rozas (1837). Una batalla olvidada ya de muchos, pero que, en su día, tuvo una gran repercusión, ya que el avance de las tropas de Zariátegui supuso la amenaza más directa del bando carlista a la capital del reino. Lo cuenta, por ejemplo, R. Sánchez en la *Historia de don Carlos y de los principales sucesos de*

la Guerra Civil de España (1844), donde se narra cómo Méndez Vigo hizo retirarse a las tropas carlistas hasta más allá de la fonda de la Trinidad, suceso en el que aparece también la brigada de Van Halen. De lejos le viene la relación al poeta Juan Van Halen su relación con Torrelodones.

Este suceso aparece también en la *Biografía del excelentísimo señor D. Santiago Méndez de Vigo*, de Manuel Ovilo y Otero (1850).

También se menciona a Torrelodones con ocasión del motín de los sargentos de La Granja del año 1836: lo hace, por ejemplo, Javier de Burgos, en su *Anales del reinado de Doña Isabel II* (1850), en donde cuenta cómo las tropas retuvieron en Torrelodones a la comitiva real que trasladaba a la reina regente María Cristina y sus hijas desde La Granja a la capital. En estas menciones a los ejércitos, hechas siempre desde el punto de vista militar, no se refleja nunca lo que significaba la presencia de estas tropas para la población civil, aunque el episodio de Fernández de Córdova y el alcalde pueden hacernos suponer que, para los habitantes de Torrelodones, el paso y/o la estancia de las tropas no debían ser una sinecura.

De lo que pasaba, o podía pasar, entre los soldados de las tropas sí nos ha quedado algún testimonio, como el de José Vicente y Caravantes en sus *Juicios militares y eclesiásticos* (1853), que narra la muerte de un soldado por un disparo de fusil de un cabo mientras se encontraban acantonados en Torrelodones para la vigilancia de sus caminos.

Viajar por los caminos de Torrelodones era peligroso no solo en época de guerra y de inestabilidad política (que es casi como decir todo el siglo XIX). Había otras dificultades, como el estado mismo de los caminos:

«Llega á las Rozas cuando ya es de día; sigue lloviendo, y por causas que desconoce, el osado mancebo entra en ganas de quedarse allí hasta el siguiente día. Mas desecha de su mente aquel pensamiento, que juzga pueril é injustificado, y continúa adelante, decidido como se halla á almorzar en Torrelodones y á comer en Guadarrama.

No se detiene, pero si resuelve andar siete leguas únicamente en aquel día, dejando trece para el siguiente.

Entra en el primer pueblo indicado á las nueve de la mañana. Anduvo cuatro leguas y media, y descansa dos horas que ocupa en almorzar y dar pienso á los caballos.

El mesonero le aconseja que se quede hasta que pase el temporal, pero Hernando no le hace caso, y á las once vuelve á montar á caballo y sale al paso, pues le es imposible caminar de otra manera. Va sobre una cuarta de lodo y presenta salpicado el traje desde los pies hasta el casco.

Mas le quedan que andar dos leguas y media, y tiene ocho horas de luz, con lo cual puede llegar á cualquier paso á Guadarrama.

Deteniéndose muchas veces, creciendo el barro y en aumento constante el mal estado de la vía, avanza Hernando, pesaroso ya de haber salido de Madrid,

pues no es para su carácter ir dejando atrás una hora por cada cuarto de legua que anda.

Llega á las tres á la Venta de la Trinidad, distante poco más de una legua de Torrelodones. La primera población que le espera es ya Guadarrama.»

La acción de esta obra de Luis de Eguílaz, *El milagro* (1871) transcurre a finales del siglo XV, pero es probable que el estado de los caminos, por lo menos en determinadas épocas, siguiera siendo igual de malo en el siglo XIX que entonces.

Otro problema que podía salir al paso a los viajeros, desde tiempos inmemoriales, eran los bandoleros. En este tema tenemos también una referencia histórica que hace Adolfo Bonilla y San Martín en su novela *La hostería de Cantillana* (1902), cuya acción transcurre en tiempos de Felipe IV:

«Tres horas llevarían de camino, cuando Rojas dijo al Conde de Segura:
—Don Fernando, de aquí a media legua hay una venta que yo conozco y sé que es acomodada para dormir en ello lo que queda de noche, porque si seguimos la jornada será forzoso llegar á Torrelodones, cuyo monte es, como sabe vuestra merced, muy peligroso paso, por los bandidos que en él se albergan. De este modo, madrugando, podremos atravesarle con sol y quizá encontremos comodidad de reunirnos con otros viajeros, que nunca faltan en este camino.»

Pero el peligro que representaban los bandoleros, al igual que el estado de los caminos, también seguía vigente en el siglo XIX, como se manifiesta, por ejemplo, en la obra *Crímenes célebres españoles: colección grandiosa y completa*, del año 1859, y dirigida por Manuel Angelón:

«Dos horas después, todos menos Candelas dormían en pintoresca confusión, tendidos en el suelo o recostados en los bancos en posturas académicas dignas del pincel de Goya, roncando en diferentes tonos, desde el tiple hasta el bajo profundo, y profiriendo entre sueños palabras incoherentes.

Luis Candelas se despidió de Carmen, diciéndole que se veía precisado a partir de Madrid con objeto de arreglar algunos negocios de familia, y Mariano fue más explícito con la Josefa, a quien anunció la determinación que habían tomado todos sus compañeros.

Eran las ocho de la noche del día siguiente cuando salieron de una venta, de cuyo nombre no me acuerdo ni quiero acordarme, nueve hombres montados en jamelgos dignos de figurar en una plaza de toros, y con los trabucos colgados en bandolera o sobre el arzón de la silla.

Llegaron a la carretera de León, y a las seis de la mañana se hallaban entre el pueblo de Las Rozas y Torrelodones.

Soplaba un viento frío que silvaba alzando nubes de polvo, y el sol, que acababa de asomar, hacía brillar la escarcha que cubría los campos como una alfombra de plata bordada de diamantes.

— ¿Han salido ya? —preguntó una voz.

—Cuando salí yo estaban engancho las mulas.
—Espacio viene.
—A paso de galera.
—Fresca está la mañana, Candelas —dijo uno de los jinetes, que se embozaba hasta los ojos con una manta.
—Estamos a fines de octubre, Balseiro, y hace ya dos días que hiela en la sierra.
Oyóse entonces a lo lejos el monótono rumor de las campanillas.
—Aquí está la galera.
—¿Salimos a su encuentro?
—No. Yo me quedaré aquí —dijo Candelas.
—¿Solo?
—Sí. Retiraos detrás de la pared de ese pajar. Cuando os llame, venid. Balseiro y siete bandidos más se dirigieron al punto que les indicó el capitán.»

Esta es un versión novelada de un hecho cierto, que menciona también José Vicente Caravantes en el tomo II de sus *Anales dramáticos del crimen o Causas célebres españolas y extranjeras* (1859), y, también Antonio García del Canto, en su obra *Candelas y los bandidos de Madrid* (1877). El asalto a la diligencia se produjo el 30 de octubre de 1836, a poco de salir esta de Torrelodones y a la altura de Las Matas, y fue el primero de los cuatro últimos crímenes que conformaron la base de la última causa instruida contra Candelas, que sería ejecutado el 6 de noviembre de 1837.

Y hay otros bandoleros, no tan famosos, pero que también merodearon por aquí a favor o como consecuencia de toda esa inestabilidad política del siglo XIX, así como de los numerosos conflictos armados. Tanto en la guerra de la Independencia como en las tres guerras civiles, además de los ejércitos regulares participaron partidas de civiles, entrenados y armados para la lucha y que, cuando terminaba o el conflicto o si decidían desertar, no encontraban mejor salida para sobrevivir que el bandolerismo, tal y como refleja, por ejemplo, Enrique Rodríguez Solís, en *Los guerrilleros de 1808* (1888):

«Entre los servicios que prestaban las guerrillas, no era el menor batir y aprisionar las partidas de salteadores que, á favor de la guerra, se habían levantado en varias provincias, y eran el azote de los caminantes y el verdugo de los pueblos. El 13 de Junio de 1811, D. Juan Abril se apoderó cerca de Torrelodones de siete salteadores que robaban á cuantos iban y venían de Castilla, y después de una breve sumaria mandó fusilar á tres y remitió los cuatro restantes al brigadier D. Juan Martín (El Empecinado) por ser también desertores. Estos criminales habían robado hacía pocos días a un ordinario de Salamanca nueve arrobas de plata y oro, con otras alhajas, que traía en un cajón, por valor de medio millón de reales, de todo lo cual se incautó D. Juan Abril para hacer la debida restitución á sus legítimos dueños.»

Un elemento asociado a los caminos, que dio renombre en algún momento histórico anterior a Torrelodones, son los mesones y posadas. Sin embargo, en el siglo XIX su importancia debía de haber decaído sobremanera, ya que apenas si aparecen en las obras descriptivas o guías de viajeros del siglo XIX: no las mencionan ni Sebastián Miñano en su *Diccionario geográfico...* de 1828, ni Francisco de Paula Mellado en su *Guía del viajero en España*, de 1842, ni Manuel Cerdá en su *Repertorio geográfico*, de 1845, ni Pascual Madoz en su *Diccionario geográfico...* de 1849, ni Juan Cotarelo en su *Manual de la provincia de Madrid*, también de 1849 (aunque este sí menciona las ventas de las Matas y de la Trinidad). Y no es hasta 1886 cuando Julián Aguilar, en su obra *El consultor del viajero* (que es ya una guía de viajes en tren) dice de Torrelodones:

«Torrelodones (Madrid).- Dista 3 kilómetros del pueblo de este nombre, y hay que recorrerlos á pie ó en caballerías. Alguna posada es el hospedaje que se ofrece a los viajeros.»

Lo que ratifica Andrés Marín Pérez en su *Guía de Madrid y su provincia*, de 1888:

«Dos posadas mal organizadas, en donde encuentra el forastero mediano trato y pobre dormitorio por 2´50pesetas, es el único hospedaje que existe en el pueblo.»

Sin embargo, al igual que en las memorias (como hemos visto con las de Fernando Fernández de Córdoba), en la literatura de folletín sí encontramos alguna mención a estas posadas. Por ejemplo, en *Celos de un ángel*, de Rafael del Castillo (bajo el seudónimo de Álvaro Carrillo), de 1878:

«Ya era casi de noche cuando nuestro joven entraba en la posada de Torrelodones, y era la segunda que iba á pasar fuera del Escorial, ocupado en sus pesquisas.

Mientras vigilaba en la cuadra los cuidados que había mandado dedicasen á su caballo, dirigió á los dependientes de la posada las diversas preguntas que se habían convertido ya para él en fórmulas de interrogatorio.

Aquí, las noticias adquiridas aquella tarde, encontraron cierta relación; pues le aseguraron que un señor forastero había comprado pocos días antes una casa en el pueblo, que casualmente estaba en venta hacía tiempo, y que inmediatamente la había ocupado con algunas carretadas de muebles, á lo que podían suponer, porque todo lo que había entrado en la casa vino encajonado.

Aquel señor solo se le veía por casualidad, y no hablaba con nadie, ni sus criados tampoco.

Precisamente la casa en cuestión caía detrás de la posada, y algunas habitaciones daban á ella.»

Al chico, que va tras la pista de un maleante que ha secuestrado a dos doncellas en El Escorial, le dan una habitación desde la que puede vigilar la casa que le interesa, y decide que, para poder entrar en ella, es mejor que se haga pasar por sirviente:

«En consecuencia, para proporcionarse un aspecto más conforme con el papel que se proponía representar, comenzó por quitársela cadena del reloj, la sortija, los gemelos de la camisa y los botones de la pechera; después, encontrando esta demasiado limpia, ensució sus manos en el polvo que no faltaba en el cuarto de la posada y las pasó por el cuello, puños y pechera, dándole el aspecto de quince días de uso; luego quitándose la americana la arrastró por el suelo, sacudiéndola después sobre los pantalones, con lo que consiguió ensuciar estos sin limpiar aquella.»

Esto explica tal vez por qué no aparecen en las guías las posadas de Torrelodones.

Y así terminamos con los caminos de tierra, aunque volveremos más adelante con otro tipo de caminos: los de hierro.

SEGUNDO FRAGMENTO DE *LA HIJA DE DON QUIJOTE* – EL PAISAJE

Entretanto, volvamos con nuestra heroína, Resucita.

Después de describir la casa por fuera, el autor nos cuenta cómo Oscar les muestra todas las estancias a sus invitados, Resucita y su tutor. Él, como no ve, repite lo que le ha contado el casero, pero la verdad es que el estado de la vivienda es bastante peor de lo que él se cree. Así que Resucita se pasa la mañana trajinando con los muebles para dejarla algo más presentable y confortable, hasta que llega la hora de la comida:

«A la hora de comer sentáronse á la mesa con gran apetito, risueños y locuaces, y empezó la enumeración de las bellezas campestres que por el balcón se veían. A un lado erguíanse los primeros cerros del Guadarrama llenos de erupciones graníticas, como si en el seno de la tierra hirviese la piedra desbordándose aquí y allá en moles informes. Al pie de los cerros estaba el río, del mismo nombre que la sierra, deslizándose entre juncos y flores acuáticas con apagado rumor. Adornaban los cerros retorcidos chaparros y todo el paisaje tenía una tonalidad de verde obscuro, con manchas grises, en algunos puntos casi blancas. Entre los chaparros había casitas amarillentas y pastaban grandes rebaños de cabras y vacas. De cuando en cuando se oía el disparo de un cazador, ladrido de perros ó la trepidación y jadeo de un tren en lo hondo de las altas trincheras. De lo alto de la montaña bajaba un airecito blando que mantenía fresco el ambiente y lo saturaba de un sano perfume. Por delante del balcón cruzaban palomas y variados insectos. La tarde fué dedicada al paseo por los alrededores. Llegaron hasta la orilla del río y se sentaron á merendar. La ilustre niña estaba hermosísima, y si Oscar hubiese podido recobrar la vista en aquel momento, seguramente la perdiera otra vez deslumbrado por belleza tanta. No eran precisamente sus encantos físicos los que de tal modo la hacían deleitosa, era su amor que se le escapaba por los poros completando y perfeccionando la hermosura de lo externo. Advertíase en ella el desfallecimiento de la famosa mañana en la Moncloa, y, á no estar presente el tutor, quién sabe de qué hubiese sido capaz la hija de don Quijote bajo aquella atmósfera campestre, enervadora ó incitante. Contentóse con apretar el brazo del músico, hablándole muy cerca del oído y mirándole con ansiosa fijeza. Por fin ¡ay! sonó la hora del regreso. Caía el sol, refrescaba él aire, y de las hondonadas que á modo de pequeños valles separaban los cerros, subían sombras húmedas. Resucita empezó á ponerse triste. Dejó de hablar y se mantuvo agarrada al músico, como un niño que no quiere ir á donde le mandan; mas la implacable voz del tutor advirtió que la hora del tren se acercaba; que cerraban el despacho de billetes cinco minutos antes de la llegada á la estación, que desde la casa de Oscar á ella había un ratito digno de tenerse en cuenta y que el tren siguiente no pasaba hasta las diez de la noche, hora poco conveniente para andar por aquellos riscos. Por tanto, no hubo otro remedio que terminar allí mismo con el idilio y emprender la retirada.»

Esta es, sin duda alguna, la mejor descripción del paisaje Torrelodones del siglo XIX que he encontrado. Y en ella aparecen juntos todos los elementos que se mencionan, por separado, en otras obras: los berrocales, la vegetación, el río, los rebaños, el tren, la caza, el viento. En el siglo XIX, lo que más llama la atención de los escritores es, sin duda, el relieve: las formaciones graníticas y lo árido del terreno, que describen con una gran inventiva y riqueza léxica.

Pero veamos qué más nos dicen del paisaje de Torrelodones en el siglo XIX otros autores. Empezaremos por Pascual Madoz, para comparar la descripción tan lírica de Menéndez Agusty con el tono casi notarial de esta obra de consulta:

«TORRELODONES: villa con ayuntamiento, de la provincia y audiencia territorial de Madrid (a 5 leguas), partido judicial de Colmenar Viejo (3 leguas), capitanía general de Castilla la Nueva, diócesis de Toledo (45 leguas), sita en terreno quebrado, y a poca distancia del río titulado Guadarrama; la combaten todos los vientos: el clima es algo frío, sufriendose por lo común pulmonías y dolores de costado. Tiene 40 casas: la del ayuntamiento, escuela de primeras letras común a ambos sexos dotada con 1.825 reales, una fuente de buenas aguas, de las cuales se utilizan los vecinos para sus usos, y una iglesia parroquial aneja de Galapagar, servida por un teniente. El cementerio está en paraje que no ofende la salud pública. Confina el término al norte con Hoyo de Manzanares; al este, con el mismo y Galapagar, y al sur y al oeste con Las Rozas de Puerto Real. Se extiende $\frac{1}{2}$ legua poco más o menos en todas direcciones y comprende, en todo su círculo, bastante monte de encina y varios prados con buenos pastos. Le atraviesa el citado río Guadarrama. El terreno es de mediana calidad. Caminos: los que dirigen a los pueblos limítrofes. El correo se recibe en la cabeza del partido. Produce: trigo, cebada y centeno, con algunas legumbres. Mantiene ganado lanar y vacuno, y cría caza de conejos y perdices. Población: 36 vecinos, 174 almas.»

Casi cuarenta años más tarde, en sus *Viajes descriptivos* (1886), Emilio Valverde Álvarez nos da otra imagen de Torrelodones:

«Torrelodones, cuyo nombre tiene por origen el de una torre o fortaleza que corona una de las alturas de la izquierda de la vía, cuenta 581 habitantes y 99 viviendas, y está situado en terreno quebrado a poca distancia del río Guadarrama. Nada hay en este lugar digno de mención especial más que varios cotos de caza repartidos para su aprovechamiento por acciones.»

Resulta significativo que, a pesar de los cuarenta años que han transcurrido entre la obra de Pascual Madoz y la de Emilio Valverde, a pesar de que la población del municipio se ha triplicado, y a pesar de la gran innovación que supuso la construcción del ferrocarril, este último autor siga afirmando que, en Torrelodones, sigue sin haber nada de interés.

Sin embargo, otros autores sí ven aspectos interesantes o llamativos en el Torrelodones del siglo XIX.

El primero de ellos es Emiliano Ramírez Ángel, que, en su libro *Madrid sentimental*, de 1907, en la narración breve titulada *¡Villalba ... dos minutos!*, narra el trayecto en tren, un día de fiesta, desde Madrid hasta Villalba, a donde se dirige a dar un paseo por sus dehesas:

«Piedras enormes, negruzcas, verdosas, se amontonan, ó se detienen en su rodar temeroso, ó dormitan en lo alto de un montículo. Corre asustado algún lagarto que se amodorraba ante las estrofas pujantes del sol. Un arbusto brota su esbeltez entre dos peñas. Una piedra colosal aplasta un enjambre de piedras pequeñas. Y unas trepan, y otras descienden; y unas, desde cimas blancas, otean una lejanía neblinosa; y otras, corriendo, se detienen cerca de la vía como cohibidas ante el fragor demoníaco del tren que pasa.

Estamos cerca de Torrelodones. El suelo es bravío, primitivo, indomable. Ante aquella invasión de piedra viva, el sol deja de zumbar y el sueño de la tierra es contagioso como en ninguna parte. La piedra se hace monstruo y puerilidad, se transforma, se alza en moles imponentes, se deshace en cantos.

Hay como reposo de catedrales y como caricia de arroyuelos sembrados de guijas. Por todas partes la poesía de la piedra, que sirve para refugio de misticismos y para pretexto de églogas.

A la ventanilla del vagón llega un anticipo de la sequedad y grandeza de Felipe, el muy ceñudo, y Juan de Herrera, el muy pesado. En vano la mirada recorre la extensión pintoresca: piedras aquí, piedras allá, bañadas en un sol insolente de Julio.

Y, en tanto avanza el tren, berrocales esculpidos por la mano loca del delirio, que evocan estatuas yacentes, animales prehistóricos, gigantes petrificados, esfinges egipcias, un mundo inmóvil y ciclópeo que han arrullado los siglos y que el sol vela amoroso.»

En este texto tan sugerente surgen muchos temas típicos de la literatura referida a Torrelodones en el siglo XIX: otra vez los berrocales, otra vez el tren y aquí, como veremos también en *La hija de Don Quijote*, se empieza a hablar de los caminos y del campo no como elementos productivos, sino como lugares para el ocio y el disfrute estético de la naturaleza por parte de la población urbana.

Otro texto interesante en cuanto a la apreciación del paisaje es una narración corta del escritor vasco Bonifacio de Echegaray, *A las puertas de Madrid*, en su obra *Cuadros*, de 1900:

«Los que gustan de admirar las maravillosas bellezas de la Naturaleza no encontrarán en los montes cercanos al pueblo cuyo nombre se ha hecho popular por la finca que en él poseía Frascuelo, esas vigorosas notas de color que se buscan con afán en todos los rincones de la madre tierra; allí la vegetación es casi nula, las colinas son agrias y ricasas y el ambiente falto de poesía y vida. Únicamente, allá, á lo lejos, rompen la monotonía del paisaje las gigantescas peñas del Guadarrama, que sirven de frontera á las dos Castillas. De la sierra para acá queda el suelo pobre y árido de la provincia de Madrid; de la sierra para allá se extienden las fértiles llanuras de Segovia

y Valladolid, y más lejos, salva la fantasía, las montañas de Burgos, y se detiene en la contemplación de los agrestes picos del Pirineo, de las amenas colinas y de los reducidos valles de Euskaria y del inmenso mar Cántabro...

En esta o parecida forma discurría mi imaginación, mientras mis ojos se hartaban de ver matas y más matas, y mis piernas se movían mecánicamente subiendo una cuesta que iba á parar en una finca de campo propiedad de un conocido e importante político español.»

Además de mostrarnos cómo el paisaje es un constructo que tiene mucho más que ver con la experiencia previa de la persona que con el entorno físico (donde Emiliano Rodríguez Ángel ve poesía, Bonifacio de Echegaray nota precisamente una falta de poesía que le hace añorar las verdes y suaves colinas de su tierra natal), procedería ahora a saltar a hablar de la caza, de Frascuelo y de las fincas de los políticos, temas todos ellos íntimamente ligados a la evolución histórica del Torrelodones de fin de siglo, pero que ocuparían demasiado espacio, y que merecen cada uno de ellos una investigación específica.

Así que volvamos con Resucita, a la que habíamos dejado pesarosa por tener que alejarse de su amado Oscar, después de compartir con él un día en el campo de Torrelodones.

TERCER FRAGMENTO DE LA HIJA DE DON QUIJOTE – LOS CAMINOS DE HIERRO

Tras la breve visita a Torrelodones, Resucita no se resigna a no poder estar con su amado, así que, desoyendo a su tutor, decide mudarse con Oscar a Torrelodones. Así nos cuenta Menéndez Agusty su viaje:

«Aún tardó el tren en marchar un rato largo. Recostada en un ángulo del departamento de señoras, veía ir y venir por el andén una inquieta muchedumbre cargada de baúles y maletas, y este mareante tragín, los silbidos de las locomotoras, las voces de los empleados y el tañir de la campana dando los toques de aviso, producíanle un atontamiento delicioso que la obligaba á cerrar los ojos sin fuerzas para moverse de la postura en que yacía. Sonó el último toque; luego el golpeteo de las portezuelas á lo largo del tren; después silbidos, resoplidos furiosos... Partieron. A Resucita le pareció que la máquina tardaba demasiado en forzar la marcha... ¡Gracias á Dios! Ya cruzaban el Puente de los Franceses con rápida carrera. Pozuelo: un minuto. ¿A qué santo paraban allí? Pues no era esto lo más malo, sino que los viajeros que tenían que subir y bajar tardaban en hacerlo y el minuto se extendió á tres. La máquina trataba de recuperar el tiempo perdido. ¡Vaya por Dios! Un apartadero: El Plantío. Allí no subió ni bajó nadie, pero también se detuvo el tren el minuto reglamentario. Ahora subían una pendiente. Ahora bajaban. ¡Ay, qué gusto! ¡Cómo corrían! No duró mucho el gozo, porque de repente empezó á pitar la máquina y en seguida entraron en las agujas de Las Rozas. Dos minutos, nuevo subir y bajar de viajeros y de algún que otro bulto que motivó discusiones entre los mozos del furgón de equipajes y retrasó la salida del tren. Al fin reanudaron la marcha. Aún faltaba otra estación, Las Matas, donde hubo que parar un momento, para cumplir con el endiablado reglamento. Resurrección se asomó á la ventanilla. A los dos lados del tren empezaban á levantarse las primeras estribaciones de la montaña. Cruzaron un monte muy bonito, coronado de pinos diminutos, y enfilaron directamente á la sierra. El tren corría por una trinchera abierta en el granito. Agudas y descomunales aristas avanzaban audaces como dispuestas á caer sobre los coches. Atravesaron un túnel. Ya se veía Torrelodones tendido á los pies de altos peñascales como un Nacimiento. El tren empezó á disminuir su velocidad. Apenas paró, apeóse Resurrección.»

No se puede hablar del siglo XIX sin hablar de los *caminos de hierro*, tan importantes o más en el desarrollo histórico de Torrelodones que los caminos de tierra, lo que se refleja también en la literatura.

En las 87 obras de entre 1789 y 1914 estudiadas, he encontrado 18 menciones a Torrelodones como lugar de paso por un camino, y 21 como lugar de paso con el tren. Y hay que tener en cuenta que, lógicamente, estas últimas menciones son más tardías, no apareciendo hasta el último tercio del siglo XIX (recordemos que las obras del ferrocarril del Norte empezaron en 1858, que el túnel de

Torrelodones se terminó entre 1860 y 1861, y que hasta 1864 no se inauguró la estación de Torrelodones, entonces todavía como simple apeadero). Pero una vez que aparecen estas referencias casi hacen desaparecer a las menciones a los caminos de tierra.

La primera mención al ferrocarril aparece en 1865, en el *Itinerario de Madrid a Bayona*, de Francisco Mosquera, que es una guía de tren, y, en obra de ficción en la novela de Rafael del Castillo (alias Álvaro Carrillo) *Celos de un ángel*, de 1878, de la que ya hemos hablado al mencionar las posadas, y en la que los personajes van y pasan por Torrelodones tanto en tartana como en tren (aunque, todavía, con más frecuencia en tartana o a caballo).

Es interesante la mención de Francisco Mosquera, quien, después de hablar del túnel del ferrocarril, refiere:

«Se encuentra el apartadero de Torrelodones, también sin estación, que toma el nombre de la villa, de 49 vecinos, situada en el alto, muy conocido por el infundado dicho vulgar de: Torrelodones, cinco vecinos y siete ladrones.»

Saco a colación este fragmento solo por dejar testimonio de este dicho típico, el más conocido de los dichos y expresiones con el término *Torrelodones*, y de la explicación del mismo que da el autor («infundado»), que es solo una de varias interpretaciones de este dicho. Este aspecto de la literatura del siglo XIX referida a Torrelodones quedaría incluido en el estudio del Torrelodones conceptual.

Volviendo al ferrocarril, señalaré que, sobre todo a partir de 1890, en la literatura sobre Torrelodones se habla ya muy poco de los caminos de tierra y mucho del ferrocarril (4 menciones contra 15), y así seguirá ocurriendo hasta mediados del siglo XX.

La segunda mención al tren con relación a Torrelodones en una obra de ficción la encontramos en la novela de Nicolás Díaz y Pérez *Baños de baños, viajes por mi patria* (1880), que, ciertamente, no da una imagen muy boyante de Torrelodones:

«Aquí íbamos en nuestras consideraciones acerca de la mujer, cuando el tren paraba bruscamente. Estábamos frente á Villalba, y habíamos dejado atrás á Pozuelo, Las Rozas y Torrelodones, sin darnos cuenta de que aquellos lugares estuviesen habitados por otros seres que el mozo de la estación férrea. ¡Qué espantosa soledad así que el tren desapareció de la estación de Madrid! Partimos de Torrelodones con ese recogimiento triste que imprime en nuestro espíritu el recuerdo de los muertos. Y era que aquella estación, desierta de toda alma viviente y alumbrada por un farolillo de mala muerte, nos pareció un cementerio, un pueblo habitado por cadáveres. ¡Contrastes de la vida! En Madrid, animación, bullicio, locura; en los pueblos próximos á la corte soledad, silencio eterno.»

Otra mención temprana al ferrocarril es la que hace Arturo Vega Morales, en sus *Impresiones de una excursión escolar*, de 1892. Narra una clase de geología que vienen a dar en Torrelodones un grupo de alumnos con su maestro. Ya desde la salida en la estación del Norte, el profesor les va indicando

a los alumnos algunos elementos de la geografía (las cuencas, el relieve, etc...), hasta que se levanta la niebla que les impide verlos. Finalmente, llegan a Torrelodones:

«Estábamos en medio de la Naturaleza, y prescindíamos un momento de ella para conocerla después mejor, oyendo las palabras que en amigable conversación sostenía el profesor con nosotros. Nadie chistó. Guardábamos el más profundo silencio, sin que nadie tampoco nos lo impusiera; sólo oíamos el rumor del viento y el silbido de la locomotora que pasaba. Después de escuchar algo de la historia de nuestro globo, fuimos á visitar los *monumentos* que en comprobación de lo dicho nos ofrecía la tierra aquella. Íbamos á ver una *morena*. Íbamos á notar, sin esfuerzo alguno intelectual, la diferencia del terreno *arcaico* y del *cuaternario*, que allí se dan en contacto, que parece hecho expresamente para estudiar el contraste.»

No la menciona con su nombre, pero, evidentemente, el autor está hablando de la falla de Torrelodones. Este tipo de excursiones geológicas constituyen una categoría propia de la literatura del siglo XIX referida a Torrelodones. Conviene recordar que estamos en la época de la Institución Libre de Enseñanza, y que la primera excursión de la sección de geología de la ILE, dirigida por Macpherson, tuvo por destino, precisamente, a Torrelodones. El ferrocarril facilitó el traslado de estudiantes, estudiosos y aficionados a la geología a estos lares, donde, además, las propias obras de construcción del ferrocarril (voladuras de las trincheras, excavación del túnel) habían sacado a la vista gran variedad de minerales.

Pero, además de recibir *in situ* una lección de geología, Arturo Vega Morales aprovecha también para hablar del paisanaje, y, como Nicolás Díaz y Pérez, la imagen que percibe tampoco es muy halagüeña:

«Esto fue lo primordial de nuestra excursión. Almorzamos después, jugamos un rato, y luego visitamos a Torrelodones.

Impresión triste me causa cada vez que visito un pueblo como este, donde la pobreza de nuestros desgraciados campesinos se muestra tan a lo vivo.»

No quiero dejar de hablar del tren sin mencionar la que constituye, sin duda alguna, la anécdota más conocida. Nos la cuenta así Eusebio Blasco, en su obra *Los de mi tiempo* (semblanzas de personajes de su época, escritas entre 1903 y 1906):

«Se retiró y se fijó en Torrelodones. Pues al detenerse el tren allí bajaban centenares de viajeros a ver a Frascuelo, era ya un monumento, un santo del calendario torero que había que visitar. Y la infanta Isabel, de paso para La Granja, le saludaba con el pañuelo: —¡Adiós, Salvador! Y el torero viejo, pavero en mano, decía conmovido: —¡Vaya con Dios, señora! Era, en fin, la representación de nuestra raza moderna, franca, valiente, democrática, torera.»

Esta es la segunda vez que aparece Frascuelo en el transcurso de esta charla. No es de extrañar, ya que Frascuelo es, sin duda alguna, el personaje que más a menudo aparece en la literatura del siglo

XIX en relación con Torrelodones. Su persona y su relación con Torrelodones también darían para una charla propia, así que recordaremos simplemente que, tras su retirada, el diestro pasó los veinte últimos años de su vida en su finca de El Gasco, y que, además de dedicarse a la ganadería, pasaba mucho tiempo sentado a la puerta de la tienda de ultramarinos, llamada *La Verdad*, que había establecido junto a las vías del ferrocarril, muy próxima a la estación.

Frascuelo dejó un rastro importante no solo en la literatura del siglo XIX, sino que su sombra se alarga también hasta el siglo XX. De él se ocuparon, o en él se inspiraron, por ejemplo, Eugenio Noel, Mariano de Cavia, Ramón Gómez de la Serna, o Eduardo de Ontañón.

Pero ya es hora de que volvamos con nuestra heroína, Resucita, que, hemos visto, nada más empezado el siglo XX se ha atrevido a irse a vivir con su amante, en Torrelodones.

CUARTO FRAGMENTO DE LA HIJA DE DON QUIJOTE – ELEMENTOS SINGULARES DEL PAISAJE

Como ya se ha explicado antes, en este momento de la narración cambia la forma de la novela, pasando de una narración con narrador omnisciente a un intercambio epistolar entre Resucita y su tutor (aunque en realidad, lo que leemos son casi todas cartas de ella). Este es un fragmento de una de las primeras:

«Por las mañanas paseamos un rato, para digerir el desayuno. Parezco una bestia montaraz. He proscrito toda clase de trapos y tonterías y ando por todas partes con una falda sencillita, una chambra y un pañuelo de seda sobre el pecho. Llevo las mangas remangadas hasta el codo (Oscar dice que le gusta mucho tropezar con mis brazos al desnudo), y me compré unas zapatillas de cáñamo. Delicioso, ¿verdad? Luego me paso grandes ratos en el corral. Siento á Óscar bajo el emparrado y arreglo á mis gallinas. Todas me conocen. Hay una que se llama Paquita, otra Enriqueta, otra Carolina, otra Antonia... Y cuando llamo á una por su nombre, no hay cuidado que se equivoque y venga otra. Por la tarde nos damos otro paseo. Conozco todos estos andurriales. Nuestro sitio favorito es la torre del telégrafo óptico. Nos sentamos en el escalón de la puerta de entrada y allí merendamos. Nos acostamos tempranito. Oscar tiene la manía de acostarse muy pronto para madrugar. Hay días que nos despertamos de noche. Apenas si un hilito de luz alumbra el horizonte. Entonces es cuando quiere levantarse. ¡Si viera usted cómo suena todo á esa hora! Hay un silencio, una frescura tan virginal. Nos levantamos y salimos al camino, sentándonos en cualquier pedrusco para no perder ni un detalle del amanecer. Cuando el primer rayo de sol cruza el espacio recíbelo Oscar en la frente, sonriendo como si le hiciera cosquillas...»

Volvemos a ver aquí el uso de los caminos rurales para el disfrute de la población urbana, algo que facilitó mucho la existencia del ferrocarril. Pero, además, en este fragmento aparece uno de los elementos con nombre propio del paisaje de Torrelodones: la torre del telégrafo óptico. Esta es la única mención en una obra de ficción del siglo XIX, pero aparece también en la obra de Juan Cotarelo *Manual de la provincia de Madrid* (1849). Bastantes referencias son, teniendo en cuenta lo breve que fue la vida útil de este sistema de comunicación.

Ya hemos mencionado las infraestructuras relacionadas con los caminos de tierra (ventas, posadas) y con los caminos de hierro (trincheras, túnel, estación). Todas ellas podrían ser objeto de un estudio propio. Otros elementos del paisaje que aparecen con cierta asiduidad en la literatura del siglo XIX son:

El río Guadarrama (acompañado, en ocasiones, del canal y la presa), que aparece en 8 ocasiones entre 1795 y 1865, es decir, a principios de siglo, y, fundamentalmente en las obras de consulta. Luego el río desaparece de los escritos. No es de extrañar, puesto que, debido a la venta de los terrenos de propios por las desamortizaciones se formaron fincas privadas de gran extensión (como

la de Frascuelo) que cortaron por completo el acceso de la población de Torrelodones al río Guadarrama.

El río vuelve a aparecer, sin embargo, en un par de ocasiones a finales del siglo XIX, en dos guías de viaje: en la *Nueva Guía de La Granja*, de F. O. y V. (1893) y en la *Guía de un viaje económico a El Escorial*, de Luis Jordán (1900), y en ambos casos para señalar la existencia, en Torrelodones, de la fábrica de aserrar mármol movida por el agua del río Guadarrama.

La iglesia del pueblo aparece también varias veces, sobre todo en los diccionarios geográficos, y también en relación con las guerras carlistas y Espartero, que, con ocasión de la batalla de Las Rozas, arengó a sus tropas en la iglesia de Torrelodones. Lo cuenta, por ejemplo, Wenceslao Ayguals de Izco, en *La marquesa de Bellaflor*.

La atalaya aparece unas tres veces, todas en obras de no ficción y siempre un poco de pasada, como explicación del origen del nombre o del pueblo. Por ejemplo, así la menciona Andrés Marín Pérez en su obra *Guía de Madrid y su provincia* (1888-89):

«Nada se sabe concreto y verosímil acerca del origen de este pueblo, pero la tradición, en que se ha apoyado la opinión más autorizada, se lo atribuye á los árabes y convienen en que se llamó Torrelodones por haber comenzado con una torre ó castillo, en cuyo rededor se formaban en tiempo de lluvias y nieves grandes lodos.»

Es llamativa, vista desde la perspectiva del siglo XXI, en el que la atalaya se ha convertido en la imagen icónica del municipio, la ausencia total de este monumento en la literatura de ficción del siglo XIX.

Como curiosidad, terminaré comentando que *la fundición de cobre del Dr. Lloréns* aparece una vez, en el escrito de Francisco Vidal y Careta en el que narra una *Excursión a Torrelodones* (1904):

«Después de comer, apenas iniciada la digestión, subimos por los riscos de granito hasta llegar á la vía férrea. Mi alumno, Sr. Arias Encobet, propuso que fuéramos á visitar la fábrica de fundición de minerales de cobre que el elocuente Diputado carlista Sr. D. Joaquín Llorens posee en Torrelodones. No nos entusiasmó gran cosa la idea, hay que confesarlo. Antes de comer todo se resiste; pero después de comer es mucho mejor una hamaca que no ir á ver fábricas. Sin embargo, la vista de un granito con motitas azules en las márgenes del camino nos animó lo suficiente para ir derechos á la fábrica, á la que llegamos serían aproximadamente las tres de la tarde. Después de darnos á conocer, el Sr. Llorens con exquisita amabilidad nos enseñó todos los departamentos de la fábrica, que por cierto se ha de inaugurar dentro de pocos días, no olvidándose de enseñarnos el oratorio dedicado á San Pascual, con lo cual se hermana la religión con la ciencia. Mucho siento que la índole de la obra —dedicada especialmente á las bellezas geológicas de España— no consienta entrar en otros detalles de carácter industrial. Sin embargo, en las escombreras de la fábrica el Sr. Llorens tuvo la amabilidad de obsequiarnos con magníficos ejemplares de malaquita, azurita, cuello de pichón, calcopirita, minerales todos de cobre que proceden de Colmenarejo, situado á siete kilómetros de Torrelodones. Dichos minerales rinden hasta un 38 por 100 de cobre que se exporta principalmente á Inglaterra. Uno de los departamentos que más nos llamaron la atención fué el de concentración de los carbonatos, en los cuales se separa por

electrólisis el metal de la parte terrosa. El Sr. Llorens fué tan amable que nos enseñó el fusil del cual es autor, fusil que bajo todos conceptos es superior al Maüser.»

Como se ve, también este excéntrico Sr. Lloréns se merecería un estudio propio. Pero lo más interesante de este fragmento es que sitúa a la fábrica (cuya vida activa también fue de corta duración) en el término de Torrelodones, aunque, actualmente, los terrenos donde se encontraba constituyen la colonia *Las Minas*, de Galapagar.

Y esto es más o menos una introducción al paisaje de Torrelodones visto a través de los ojos de los escritores del siglo XIX, aunque se quedan sin tratar muchos temas muy importantes: la caza, el paisanaje en general y Frascuelo en particular, Torrelodones no como lugar físico, sino como concepto, etc...

Y para finalizar, vuelvo una vez a la voz de Resucita. Nada en este mundo es inmutable, y aquella felicidad que sentía Resucita en Torrelodones, disfrutando del paisaje y de su amado, se va tornando en sensaciones más agrias, a medida que pasan las estaciones y cambian los intereses de Oscar. Se acerca el frío, que afecta tanto al paisaje como a la relación:

«Torrelodones, 17 de Noviembre.

¡Qué frío hace, tutor! Ya están cerradas ventanas y puertas, y la habitación que más agrada es la cocina. He mandado traer esteras y burlete de Villalba y con ellos está la casa un tanto abrigadita. En el despacho de Oscar pondremos pronto calorífero. La montaña está siempre coronada de nubes y esperarnos ver la nevada cualquier día. El campo está muy triste, pardo y sin aromas. El río lleva mucha agua. Por la noche, sobre todo, se le siente mugir rabiosamente entre las peñas.

[...]Ya no me inspira la menor satisfacción esta casa... mi hogar. He dejado á medio hacer algunas reformas. En el desván hay una porción de botes de pintura, herramientas de carpintería, maderas y herrajes. El pintor me dijo que tenía una obra muy urgente y pidió que le permitiese marchar á Vilalba. Se fué por todo el tiempo que quiera. Ei carpintero tiene á su mujer recién parida y también le he despedido. Nada me preocupa. Hasta las pobres gallinas están abandonadas, y si no fuera por la sirviente se morirían de hambre. El paisaje me tiene sin cuidado. Alguna vez que me asomo al balcón me parece cosa de escenografía, falso y pintado de cualquier manera...»

Y en la siguiente carta, efectivamente, llegan las nevadas, y con ellas las asperezas de la vida ...

Isabel Pérez van Kappel, abril 2018.